

LA PRESENTACIÓN DE NUESTRO SEÑOR EN EL TEMPLO [268]

2026

Contemplación (día 23)

Meditación para estos Ejercicios Espirituales: la Presentación de Nuestro Señor en el Templo, en el número [268] del Libro de los Ejercicios.

[268] DE LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y REPRESENTACIÓN DEL NIÑO JESU
ESCRIBE SANT LUCAS (2, 22-39).

1º Primero: traen al Niño Jesús al templo, para que sea representado al Señor como primogénito, y offrescen por él (*un par de tórtolas o dos hijos de palomas*).

2º 2º: Simeón viniendo al templo (*tomólo en sus brazos*), diciendo: (*Agora Señor, dexa a tu siervo en paz*).

3º 3º: Anna (*veniendo después confessaba al Señor y hablaba del a todos los que esperaban la redención de Israel*).

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

La historia: (Lc 2, 21-39).

A los cuarenta días del Nacimiento del Niño, según la Ley, debía presentarse el primogénito para significar su pertenencia a Dios y ser purificada la madre, que no podía ingresar al Templo hasta que el sacerdote la introdujera luego de pagar una ofrenda (**Cf Lev 12,2**)¹.

San Ignacio quiere ya meternos en lo que vamos a meditar. Entonces nos quiere con esto ayudar a empezar a dejar todas las cosas de lado, todas las actividades que hoy han hecho, el trabajo, la familia. Entonces al leer la historia nos vamos metiendo, nos vamos involucrando para poder ver, oír, sentir, este Misterio de la Presentación de Nuestro Señor en el Templo.

¹ «Comunica lo siguiente a los israelitas: Cuando una mujer quede embarazada y tenga un hijo varón, quedará impura durante siete días; será impura como durante sus reglas» (Lv 12,2).

Composición de lugar:

Recordemos: la composición es imaginarnos el Misterio para no distraernos luego. Entonces la composición es ver la Ciudad Santa Jerusalén, rodeada de murallas, elevándose con una gran majestad, cubierta de planchas doradas, el imponente Templo de Jerusalén. Los que hayan tenido la gracia de poder estar allí recuerden esos lugares; los que no, por imágenes o lo que ya han ido meditando.

Imaginarnos esa ciudad, la construcción más magnífica del mundo antiguo, el único lugar escogido por Dios en todo el universo para los sacrificios. Imaginemos ese Templo con esas columnas altas, la explanada larga con esas escaleras, muchísima gente allí en el Templo para esas fechas, subiendo, bajando escaleras, el olor a incienso. Luego tratar de imaginarnos el interior, el Atrio de los sacerdotes ofreciendo los sacrificios rituales, imaginarnos el Atrio de las mujeres, muchas madres allí en ese espacio con sus niños para ser purificados. Entonces, imaginarnos este Misterio de la Presentación.

Petición:

[104] 3° preámbulo. El 3°: demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

La petición es el corazón de la Meditación, es justamente lo que San Ignacio quiere que el ejercitante alcance. La petición es lo que nos va a ayudar también si se distraen, recordar la petición una y otra vez. Y es lo más importante porque justamente meditar este Misterio de la Presentación nos tiene que llevar a alcanzar este fruto que es el «conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga».

Nadie ama a lo que no conoce. San Ignacio nos empieza a presentar los Misterios de Nuestro Señor para conocerlos mejor y así poder seguirlo mejor, poder seguirlo más de cerca con mayor fidelidad.

PUNTOS

Para esta Meditación de la Presentación vamos a ver tres puntos que nos pueden ayudar. Recuerden que la materia que damos es para ayudar a meditar; entonces con mucha libertad ustedes, sobre todo los que ya han realizado Ejercicios anteriormente y si ya han meditado la Presentación de Nuestro Señor y hay algo que les ayuda a rezar, también se puede usar.

1- PRIMER PUNTO: LOS DÍAS PREVIOS A LA PRESENTACIÓN.

Nos tenemos que poner en contexto. Tenemos que entender este Misterio para conocer más a Nuestro Señor que es la petición, el fruto:

A los ocho días de nacer, como manda la Ley Mosaica, el Niño fue circuncidado. Normalmente este rito se hacía en la casa del niño, pues la mamá no podía ingresar al Templo todavía, tenía que esperar los cuarenta días para ser purificada, para ir a purificarse; entonces la circuncisión era en la casa del niño. Mientras tanto San José, varón justo, piadoso, que había decidido con la Virgen cumplir con la Ley, aunque no le competía ello, trabajaría duramente en su oficio de carpintero para juntar el dinero necesario para pagar

ese rescate por el Niño; unos cinco siclos² había que pagarse en el Templo por el rescate del Niño. Más tarde Jesús diría: «*Dad a Dios lo que es de Dios*»³. Y San José daba a Dios lo que es de Dios, no las monedas, sino al mismo Dios Encarnado.

Recordemos la petición, «Conocer a Nuestro Señor para poder mejor amarle y seguirle». Es cierto, Jesús iba a ser ofrecido en el Templo, pero ritual y exteriormente, porque Él mismo ya se había ofrecido interiormente desde su ingreso en este mundo. «*He aquí que vengo a ser tu voluntad*». (Hb 10, 9)

Entonces fíjense en los días previos, San José trabajando para pagar el rescate del Niño en el Templo. Entonces ya tenemos muchísimo para ir aplicando en nuestra vida. Dar a Dios lo que es de Dios. Cumplió con la Ley, pero lo importante es la entrega interna perfecta. Nosotros tenemos que hacernos como criados; ya San Ignacio nos lo dijo en el Misterio del Nacimiento, como esos pobrecitos criados que van acompañando:

[114] 1º punto. ...después de ser nacido, haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades...

Según el número [130] en el Libro de los Ejercicios, hay que hacer una especie de repaso rápido de la Vida y Misterios de Cristo, desde la Encarnación hasta el Misterio que vamos contemplando. Hacemos esa memoria hasta la Presentación en el Templo entonces. Esperamos ansiosamente la hora en que se hará la presentación pública y oficial de Jesús, de Dios, en el Templo. Y así traen al Niño Jesús al Templo. Contemplemos las personas.

La Santísima Virgen María:

Contemplemos, imaginemos, seamos ese humilde siervo que va acompañando. Podemos imaginar a la Virgencita caminando con el Divino Niño en brazos, cubierto; San José a un lado, iría agarrándole la mano o abrazándola, caminando los dos juntos hacia el Templo. Nosotros imaginémonos allí al lado de ellos. San José en una mano, llevando las dos tórtolas para el sacrificio de la purificación, como se indica en Levíticos 12, 8⁴.

Salen por primera vez después del Nacimiento. Ese Nacimiento que habrá sido de gran alegría, pero también, como ya meditaron, cuánto sufrimiento para San José como padre, ese padre providente que no pudo más que darle esa humilde y pobre gruta, nuestra Madre viendo el rechazo de la gente al Rey de Reyes.

Por primera vez después del Nacimiento salen al público. Jesús se presenta por primera vez bajo el cielo al aire libre. El Dios hecho hombre por primera vez saliendo. ¡Qué majestad bajo las apariencias más humildes, sencillas y naturales! Toman a buen paso por el camino de Jerusalén, como todos los demás, pero llevando un Tesoro escondido y tantos divinos tesoros como se ocultan en el Alma del Niño Dios. Por eso entremos en Él con toda reverencia y contemplemos Su interior con devoción, el Corazón de este Divino Niño,

² Del lat. tardío *siclus*, y este del hebr. *séqel*. /m. Unidad de peso usada entre babilonios, fenicios y judíos. /m. Moneda de plata usada en Israel. (RAE)

³ cf. Lc 20, 25.

⁴ «*Si la mujer no puede ofrecer una res menor, ofrecerá dos tórtolas o dos pichones, uno como holocausto y otro como sacrificio por el pecado; el sacerdote hará expiación por ella y quedará pura.*» (Lev 12,8)

corazón oblativo, pequeñísimo, pero **enteramente sacerdotal entregándose por mí ya desde este Misterio**, desde este momento de Su vida.

Para este sacrificio en el que se purificaría Su Santa Madre ofrecería dos pichones de paloma, la ofrenda de los pobres, por no poder ofrecer un cordero en holocausto; ya se ofrecería Él mismo como el Cordero de Dios para purificarnos a nosotros de nuestros pecados.

Fíjense esto: ¡qué interesante!, ¡qué hermoso!, ¡cómo ofrecen dos tórtolas que era la ofrenda de los pobres!

Nosotros, ¿qué ofrecemos en la Misa?; o en nuestras oraciones, en nuestra vida interior, ¿qué le ofrecemos a Dios? Muchas veces dejamos de ofrecerle cosas porque pensamos que sólo debemos ofrecerle lo hermoso, lo grande, lo grandioso, únicamente lo que vale. Y **Jesucristo se hizo hombre por nuestros pecados y muchas veces no le entregamos nuestros pecados**, no nos entregamos con nuestras miserias, nos falta esa aceptación, esa humildad, ese reconocimiento. San José como papá habrá querido ofrecer lo mejor, lo más grande; pero aceptó, fue humilde. Así también nosotros, meternos en el Misterio para más conocerlo y amarlo.

Estos pensamientos envolvían a la Sagrada Familia cuando llegan al Templo. El pueblo judío había empleado todas sus generaciones y todos sus tesoros en preparar este Templo para recibir al Mesías. ¡Qué grande! Por generaciones habían trabajado en este Templo para recibir al Mesías y ¡ahí venía! Es el Misterio que estamos meditando. Cuando llegase la hora esperada desde tantos siglos por todo el pueblo y vaticinada por los profetas, ¿quién podrá decir la gloria con que se verificaría esta entrada triunfal? *«levantaos puertas antiguas, va a entrar el Rey de la gloria!» (Sal 24, 7)*. Ahí venía el Rey. Nosotros allí lo acompañamos como esos pequeños siervos. ¡Qué momento para esas piedras contemplar al Rey de Reyes, a Cristo Sacerdote haciendo su ingreso triunfal! ¡Qué momento!

Pero a Jesús no le interesa la gloria exterior y el reconocimiento de los hombres. Los caminos de Dios van por otro lado, por eso pasa casi desapercibido; ese Niño y esa Madre son uno más del montón, pero saben bien ellos que **el mejor sacrificio** es *«un corazón contrito y humillado» (Sal 51, 19)*, es la obediencia.

La petición nuevamente, [104] **«conocimiento interno»**. San José, la Virgen María y el Niño están obedeciendo a Dios Padre. Entonces, ¿cuál es mi sacrificio?, ¿cómo me entrego?, ¿realmente soy obediente a Dios? Diez Mandamientos nos ha dado, no muchos más, ¿cómo los vivo?, ¿cómo los cumplo?, ¿los cumplo porque no me queda otra?, ¿soy obediente porque no hay otra manera, porque sí no, ni modo, no me gano el Cielo?

Ese es el sacrificio que le agrada a Dios, **la obediencia**. Mientras tanto, la luz *«vino a los suyos y los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11)*.

Acompañar este Misterio, escuchar, ver, sentir y reflexionar, y aplicarnos a nosotros; es lo que quiere San Ignacio, que lo conozcamos a Nuestro Señor que se ha hecho hombre para poder amarlo y seguirlo más de cerca.

Entonces, el primer punto, los días previos a la Presentación: lo circuncidaron, salen por primera vez desde el Nacimiento, ese camino hacia ese grandioso Templo preparado por generaciones, entran allí y nadie los reconoce, pero ellos saben que el sacrificio que Dios quiere es esa obediencia, ese *corazón contrito y humillado*.

2- SEGUNDO PUNTO: EL RITO DE LA PRESENTACIÓN.

Se efectuaba la ceremonia en la mañana, después de quemarse el incienso en el Altar de los perfumes. San José toma la pobre ofrenda, un par de tórtolas; la Virgen llevaba al Niño. Atraviesan el patio de los gentiles y el de las mujeres, suben por las escalinatas semicirculares que dan entrada al recinto de los hombres; allí en la grada superior se reclina, se hinca la Virgen María con otras mujeres del pueblo, y entrega José a uno de los sacerdotes de turno, las dos aves del sacrificio: una era de expiación, torciéndole la cabeza hacia atrás se le hacía una incisión y se rociaba el Altar con la sangre y se asperjaba a la Madre para ser purificada; la otra era en acción de gracias, se le rompía las alas y se arrojaba viva en las llamas de la hoguera; luego el levita reza unas oraciones sobre la Madre del Niño, de la Virgen, que sigue humildemente de rodillas como pecadora que necesita perdón. La Purísima quiere ser purificada, lo quiere porque sabe que es Madre de Dios, pero será también Madre nuestra, y al dar a luz también a los miembros, tan llenos de impurezas como somos nosotros, se comprende que quiera purificarse. Otro grandísimo acto de humildad de Nuestra Madre, otro acto donde Nuestra Madre ya está siendo **nuestra madre, entregándose por nosotros, sufriendo, acompañando al Salvador, al Redentor. Por eso la llamamos Corredentora.**

Entonces el rito. Acompañar a San José y a la Virgen subiendo esas escaleras. San José habrá ayudado a la Virgen a levantarse un poco el vestido para que suba cómoda las escaleras, Ella habrá estado llevando al Divino Niño en brazos, cuidadosa del Niño; San José tan amoroso que cuida a Nuestra Madre, al Niño; cómo San José entrega las palomas, estas dos tórtolas.

Fíjense que para ser purificado era rociado con la sangre, entonces ya vemos signos de cómo **Nuestro Señor nos va luego a purificar, a lavar con Su Sangre**. Luego a esa otra tórtola o paloma se le quiebran las alas y se arroja viva al fuego en acción de gracias: Cómo entonces con nuestra vida, nosotros vivos, tenemos que entregarnos, consumirnos en acción de gracias por el acto de la Redención, por este gran amor que nos tiene Dios.

¡Cuanto para meditar, cuánto para aprender! Tanto que nos ilumina San Ignacio para justamente luego seguir más de cerca a Nuestro Señor como él lo va a presentar.

Recordemos la petición de esta Meditación, que es el [104] **«conocimiento interno»**. Entonces estamos meditando, estamos siguiendo este Misterio para conocer mejor a Nuestro Señor.

Poniéndose de pie, entrega la Virgen en manos de otro sacerdote a Su Divino Hijo, este lo levanta en dirección al Tabernáculo ofreciéndolo al Altísimo, ya que por ser el primogénito le pertenece por derecho. Jesús aprovecharía para confirmar una vez más Su firme disposición de hacer la Voluntad del Padre. Sabía que algún día sería elevado en una

Cruz en dirección al Cielo. José paga los cinco siclos que redime a Jesús, y vuelve María a tomar en brazos al Niño.

En todo este ritual pasó el Niño por tantas manos y sin embargo nadie lo reconoció, los especialistas no lo advirtieron. ¡Cuántas veces nosotros, pasa delante nuestro Nuestro Señor, y no lo advertimos! Y no hay que pensar nada extraordinario. ¡Cuántas veces Nuestro Señor se manifiesta a través de un hijo, a través de la esposa, del esposo! En ese momento que estamos cansados, estresados, en ese accidente, en esa enfermedad, se está manifestando Nuestro Señor, y nosotros, personas de Iglesia que queremos ser santos —por eso estamos haciendo estos Ejercicios— y no lo reconocemos; por eso estamos meditando, por eso nos hemos comprometido a hacer estos Ejercicios durante la Cuaresma para, la petición otra vez, [104] «conocimiento interno», para que no se nos pase desapercibido nunca más Nuestro Señor.

En todo este ritual pasó el Niño, como decimos, por tantas manos. Que no pase otra vez delante nuestro y que no lo sepamos reconocer. Ver, oír, mirar, reflexionar.

3- TERCER PUNTO: ENCUENTRO CON SIMEÓN Y ANA.

Había un hombre en Jerusalén por nombre de Simeón y era este hombre justo y piadoso que aguardaba la consolación de Israel y el Espíritu Santo estaba en él y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte sin ver antes al ungido del Señor⁵.

En medio de tanta gente sólo dos personas lo reconocen, Simeón y Ana, el pequeño rebaño. Contemplemos entonces al anciano Simeón, hombre justo, piadoso, temeroso de Dios, un hombre de oración y comunicación íntima con Dios, de profunda oración de veras, hombre de esperanza, alma purificada por el amor fervoroso y la práctica de las buenas obras, hombre envejecido en el ejercicio de las virtudes.

Nosotros debemos reflexionar. ¿Podemos ser otro Simeón? Si me tocara a mí ser ese Simeón, ¿lo reconocería? ¿Realmente me consume el amor a Dios? ¿Ese fervor? Se encuentra con la Sagrada Familia, y la Virgen casi instintivamente permite que tome al Niño en sus brazos. Representa a la humanidad decrepita por el pecado; pero también a aquellos que por la fe y la esperanza están atentos a la llegada del Mesías. No se moriría sin ver al Mesías. Muchísimos desearon verlo. Abraham no llegó a ver la tierra prometida, Simeón vio mucho más, contempló con sus propios ojos y tuvo en sus brazos al Salvador. Y enseguida prorrumpió en acción de gracias, esa oración tan hermosa que rezamos en las Completas cada noche:

Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo Israel.

Se enamora de Jesucristo y ya no quiere sino más que morir. Esa es el alma enamorada de Dios, consumida por este amor, por estos deseos. Y fíjense: Dios no falla, siempre llega a tiempo. Había prometido a Simeón que no iba a morir sin verlo y lo vio.

⁵ cf. Lc 2, 25.

Por grandes que sean nuestras pruebas, confiemos, no desfallezcamos. Siempre va a estar Dios, no falla.

Y cuando lo vió en sus brazos, reflexiona Fray Luis de Granada⁶, ¿qué haría? ¿qué diría?, ¿qué sentiría?, ¿qué lágrimas derramaría?, ¿con qué devoción, con qué amor, con qué temor extendería sus brazos para recibir en ellos a aquel Tesoro?, ¿qué ríos de lágrimas correrían por aquella cara y por aquellas vulnerables canas con las cuales regaría el Rostro del Niño que en su pecho tenía?

Y nosotros cuando lo recibimos cada vez en la Eucaristía, cada vez que comulgamos, ¿actuamos igual que Simeón?

Por lo tanto, meditar, acompañar, ver a este encuentro con Simeón. Allí Simeón le dijo a la Virgen María: *«Éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y será signo de contradicción. ¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma!»* (Lc 2, 34).

Nuestra Madre ya empieza a sufrir por cada uno de nosotros.

A cerca del encuentro con Ana, no se cuentan las profecías que Ana dijo de Jesús, pero sabemos que hablaba de Él a todos, que ayunaba y alababa a Dios, y no se apartaba del Templo. ¿Nosotros permanecemos? ¿no nos apartamos del Templo, del Espíritu Santo, de Nuestro Señor, en nuestra conciencia, en nuestro corazón? ¿O sólo nos acercamos a Él los domingos para Misa, o para esos momentos de oración que tenemos en el día? ¿O realmente lo tenemos presente, está en nuestro Templo, todo el día en nuestra conciencia, todo el día a Nuestro Señor?

Por lo tanto, ver, oír, mirar, reflexionar. Recordemos la intención, la petición, [104] *«conoscimiento interno ... para que más le ame y le siga»*.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Y terminar con un coloquio, como sabemos, no sólo al final. No tenemos que seguir la estructura directamente, sino que el objetivo, **lo que quiere San Ignacio es que vayamos hablando**, por eso nos decía de acompañarlos como un siervo, como un criado. Por lo tanto, asegurarnos de hablar con la Virgen, con el Niño, con San José; **y en cualquier momento de la Meditación**. Justamente es el objetivo —poder conocerlo— y para eso hay que hablar con ellos, escucharlos.

Siempre en todas las Meditaciones asegurarnos de terminar con un coloquio, ese diálogo amoroso con Nuestro Señor, con Nuestra Madre, con San José; preguntarles, ver qué veían ellos, oír lo que ellos dicen y lo que me dicen a mí con este Misterio, con esta Meditación, para más conocerlos y más seguirlos de cerca.

Dios los bendiga.

⁶ FRAY LUIS DE GRANADA, *La Vida de Cristo*.